

- ¡Ah! es que no sé lo que me hago.
 —Ya lo veo... ¿Pero qué es lo que tiene usted?
 —¡Ah! ¡no me atrevo!—contestó Blanca;—temo causar disgusto á la señora.
 —¡Causarme disgusto!—exclamó.—¿Qué quiere decir eso?... Hable usted, lo mando.

LXIII

Blanca Burtin, de pie junto al baño en que estaba la princesa, dijo:

—Si la señora me manda terminantemente que hable, me verá obligada á obedecerla... sin embargo, vacilo todavía... porque me estoy preguntando si yo tengo derecho á darla semejante golpe.

—¿Cómo ha dicho usted?—exclamó la princesa, cuyo pecho salía del agua.—¡Un golpe! ¡Vamos, hable usted! ¡Ya sabe que no me gusta esperar! ¿De qué se trata?

—¡Ah! la señora princesa no podrá comprenderme si no me permite antes decirle que siento hacia ella un verdadero cariño y un culto sin límites... todo cuanto la concierne me interesa, y tomo parte en sus alegrías y en sus pesares, y me exaspero cuando la ofenden.

—¿Quién me ha ofendido?

En lugar de responder directamente á esta pregunta, Blanca Burtin continuó, sin precipitarse:

—¿La señora princesa recordará, sin duda, que me tenía autorizada para tomar una segunda doncella que me ayudase?

—Sí; ¿y qué más?

—No tenía á nadie desde hace un mes, y estaba buscando, cuando hará unos diez días se me presentó una joven... Traía muy buenas referencias; yo estaba apurada y creí poder tomarla... Pero al día siguiente pensé despedirla.

—¿Por qué?

—Porque me parecía demasiado bonita para segunda doncella.

—¡Demasiado bonita!... ¿No la habíais mirado la víspera?

—Era por la noche y el cuarto de costura estaba poco alumbrado.

—Pues bien, ¿supongo que la habréis despedido?

—No, señora princesa; el señor barón se opuso á su partida.

—¡Mi marido! ¿Y qué tiene que ver en eso? ¿Conque conoce á mis doncellas, cuando yo ni las he visto? ¿Qué me estáis diciendo?

—La verdad, señora princesa, la exacta verdad. El señor barón me ha dicho: «Tomo á esta muchacha bajo mi protección. No quiero que se vaya. Es demasiado linda para exponerla...»

—¿Él también la encuentra linda? Pero ¿qué tiene que meterse?... ¡Supongo que habréis resistido!

—No podía hacerlo, señora. El señor barón me lo ordenaba...

—¿Y cómo no me habéis prevenido?

—El señor barón me lo prohibió.

—¿Estáis á mi servicio ó al de mi marido?

—Hice mal, señora princesa, hice mal.. hoy bien lo conozco.

—¿Y por qué hoy?

—Porque...

Y se calló.

—¡Basta de vacilaciones! ¿Os explicaréis de una vez?

—Pues bien, señora—dijo Blanca animándose, como si participase de la irritación de su ama;—el señor barón, que tanto debe á la señora, á quien tanto ama la señora, no se conduce con ella como debía.

—¡Cuidado, Blanca! ¡No permito que faltéis al respeto á mi marido!

En lugar de bajar el tono Blanca, por el contrario, lo elevó, como si no fuera dueña de sí, exclamando:

—Pues él bien falta al respeto que debe á la señora, atreviéndose á hacer el amor, casi á su vista, á esa joven.

—¡Á una mujer de servicio!... ¡mi marido!... ¡Es imposible, es imposible!

Pero apenas hubo protestado de aquel modo, mordida en el corazón por los celos, hizo varias preguntas á Blanca.

—¿Dónde la ve?

—En el cuarto de costura, donde he sorprendido al señor barón hablándola en voz baja y muy cerca.

—¿A qué hora?

—De cuatro á seis, cuando la señora va al Bosque.

—¿Y los dejáis solos?

—No señora... Pero creo que ayer han tenido una cita.

—¿Fuera del hotel?

—No señora.

—¿En dónde, pues?

—En el entresuelo, en el despacho del señor barón.

—¿Y se ha atrevido á hacerla entrar en su gabinete?

—Ha debido estar allí bastante tiempo, porque la he buscado durante una hora. No podía ocurrirme que estuviera allí. Cuando yo atravesaba el vestíbulo, la vi salir del despacho del señor.

—¡Pero eso es una infamia! —exclamó la princesa.—¡Mentís!

—¡Ojalá fuera así!... Pero la señora misma podrá asegurarse de la verdad.

—¿Cómo? ¿Cuándo?

—Hoy mismo. Tengo mis motivos para sospechar que se han dado cita para hoy. Por eso he hablado. Mi conciencia y mi cariño no me permiten tolerar más tiempo semejante escándalo.

—¡Quiero salir del baño!—dijo la princesa.—Id á buscarme esa mujer. Quiero verla.

Quando salió del agua, la princesa Sofía temblaba, no de frío, sino de cólera.

LXIV

—Vengo á buscarla á usted—dijo Blanca Burtin, abriendo la puerta del cuarto en que se encontraba Lea.—La princesa quiere conocer á su rival.

—¡Ah! ¿sabe ya?

—Todo y mucho más todavía: cree que ya es usted la querida de su marido.

—¿Y qué necesidad había de predecirle el porvenir?

—Para que sienta mayores celos y no le ocurra la idea de impedir la cita de hoy. Es muy posible que ella se hubiera dicho: «No están más que en los preliminares: evitemos que sigan.» Pero desde el momento en que la cosa ha sucedido ya y no puede evitar nada, dejará que se vuelva á empezar para verlo por sí misma y convencerse del delito... Despáchese usted... la señora espera.

—Estoy dispuesta—dijo Lea con tranquilidad.

Al tiempo de atravesar el corredor, esta última decía á su compañera en voz baja:

—El barón ha aprovechado vuestra ausencia para hacer una visita al cuarto de costura.

—¿Y qué ha ocurrido?

—Que todo está convenido para las cuatro.

—Perfectamente... Ya hemos llegado... pórtese usted bien.

—¿Está usted segura de que no me tirará á la cabeza lo primero que encuentre á mano?—preguntó Léa, cuya voz no revelaba la más pequeña emoción.

—No puede hacerlo... no tiene nada de que apoderarse... lo único que podría hacer era mojar á usted con el agua del baño... Pero esté usted tranquila: yo la conozco y sé que no estallará su cólera todavía... Entremos.

La princesa, envuelta en un gran peñador de lana blanca que la cubría de pies á cabeza, concluía de secar su cuerpo casi desnudo, y estaba medio acostada en el diván, apoyando la cabeza en un cojín. Sin hacer el más pequeño movimiento y sin decir una palabra, lanzó sobre Léa una mirada curiosa y ávida, poniéndose más pálida que lo estaba de ordinario.

En cuanto á Léa, permanecía con la vista baja, avergonzada y confusa, haciendo admirablemente el papel de una doncella de labor cuando se presenta por primera vez ante una gran señora.

—Ayúdeme usted á vaciar el baño—dijo Blanca Burtin con voz dura.

La ayudanta obedeció, acercándose al borde del baño, cogiendo la extremidad de una cadenita que conservó suspendida en línea vertical para permitir el desagüe.

La princesa continuaba silenciosa mirándola, sin poder dejar de conocer que era hermosa. No habría podido apreciar facciones regulares ni un rostro completamente bello, porque ella habría dicho desdenosa-

mente: «Es un semblante correcto, pero es frío y no hay animación.» Mas como ella, por su parte, tenía una nariz bastante ancha, una boca grande y líneas bastante angulosas, amaba por esta misma razón las imperfecciones de la cara. Aquella boca grande que tenía Léa le recordaba la suya y se admiraba en ella.

De repente le ocurrió la idea de hacer comparaciones. Se volvió en el diván hacia el lado de los espejos y se puso á mirarse, empezando por el cabello. Su doncella no la había peinado todavía y pudo descubrir en sus negros bucles algunos hilos de plata... Se miró á los ojos y le parecieron más pequeños que otras veces y más hundidos en sus órbitas, con un principio de arruga en su extremidad. Sus labios estaban secos y descoloridos. Su tez era lívida. Con la confianza de la mujer amada, que siempre se cree bella y joven, la princesa no había reparado en que estaba ya en la segunda juventud, y que ésta declinaba también por sus amores desordenados y sus ardores nunca apagados. Aquellas noches que había pasado sin dormir, entregada al placer, la habían hecho vivir doblemente, aumentando el número de años que había vivido. Después de ver todo esto, comprendía que el amor de su amante y marido desaparecía para fijarse en aquella otra criatura, joven, fresca é insinuante. Pero una mujer como la princesa se defiende mucho antes de darse por vencida, y trata de encontrar alguna inferioridad física bajo cualquier aspecto, para otorgarse la superioridad en otros muchos.

—¡Bueno! Soy menos hermosa que ella, pero soy mejor hecha—pensó la princesa Sofia...—No hay nin-

guna mujer que, plásticamente considerada, pueda compararse conmigo... Soy completa: no tengo defecto.

Entonces, y como para consolarse de los tristes descubrimientos que acababa de hacer y para tomar la revancha, se le ocurrió la idea de contemplar sus formas después de haber analizado sus facciones. Al mismo tiempo se olvidó de la doncella de labor para no ver más que á la rival, y razonó de esta manera: «Esa mujer me ha encontrado fea de cara: es menester que me encuentre hermosa de cuerpo.»

—Quítame usted este peñador y póngame el otro.

Blanca Burtin se acercó.

—Usted no—dijo la princesa;—la otra... Es menester que se acostumbre á servirme, para cuando esté usted ausente.

Léa tomó dócilmente la camisa y el peñador de sa-tén que le presentó Blanca, y se acercó á la princesa. Pero ésta, en lugar de dejar caer el que tenía puesto, le entreabrió un poco para mirarse en los espejos.

¡Qué decepción! ¡Qué sufrimiento! Sus hombros, tan redondos en otro tiempo, habían enflaquecido, y su pecho había perdido mucho de su dureza. El resto de su cuerpo estaba demudado y su piel había perdido casi toda su frescura. Cerró precipitadamente el peñador, y ya iba á volverse cuando apercibió en el espejo y junto á sí un cuerpo diferente.

LXV

Era Léa, que, colocada detrás de su ama y arrastrada por el ejemplo, se contemplaba también. Para mirarse mejor tenía el cuerpo inclinado un poco hacia adelante, estirando su cuello, que era blanco y fino, de una corrección perfecta. Por la extremidad de su falda, que estaba un poco corta, asomaba un pie pequeño y preciosamente calzado.

La princesa la abarcó completamente con una mirada y se vió obligada á reconocer que tenía en su presencia un cuerpo de mujer admirablemente torneado y que era todavía niña por lo delicado de sus líneas. Su segundo experimento había tenido tan mal éxito como el primero, y no conseguía ganar nada con aquellas comparaciones. Ya no tenía ninguna duda... Blanca Burtin no había mentido... el barón de Merieux había visto casualmente aquella criatura tan hermosa y volvía á sus antiguas costumbres, buscando en ella lo que ya no tenía su mujer: su juventud y su frescura. Y esto era precisamente lo que no podía perdonar. Sus celos y su cólera aumentaban los tristes descubrimientos que acababa de hacer en su persona, aumentando también la hermosura que encon-

traba en su rival. De pronto se volvió, diciendo bruscamente:

—¿Qué hace usted ahí parada?... En lugar de cuidarse usted de mí ¿se está contemplando en los espejos?

—Es que estaba mirando á la señora—dijo Léa;— ¡la encuentro tan hermosa!

—Con este peinador que me cubre por completo, ¿no es verdad?

—¡Oh! es que estaba entreabierto hace un momento...

Aquella respuesta, la sonrisa que la acompañaba y el metal de voz con que fué pronunciada conmovieron á la princesa. Miró de nuevo á Léa, fijándose en algunos detalles de su traje y en algunas otras circunstancias, y se imaginó en seguida:

«Esta joven no puede ser una doncella de labor... se está burlando de mí. Estoy segura de que mi marido no la ha encontrado aquí casualmente, sino que la ha hecho venir, porque es una antigua querida suya, para estar juntos en mi misma casa, oculta bajo ese disfraz.» Y esta idea aumentó su cólera: la princesa hubiera sido capaz de perdonar una infidelidad fortuita, pero nunca podría consentir una traición premeditada y audaz como ésta. Pero quería asegurarse de esto... Si ella la humillase, sería muy fácil que aquella joven se hiciera traición á sí misma, y de todos modos recibiría una satisfacción en hacerlo.

Volviendo á su interrumpido diálogo, dijo:

—Nada tengo que ver con vuestra admiración... Usted está aquí para servirme y no para admirarme.

Quite usted este peinador y póngame usted el otro.

En el momento en que Léa obedeció, la princesa se sentó en el diván y presentó una de sus piernas para que la calzase.

—¡Qué torpe es usted! ¿No sabe usted su oficio, ó necesita usted una butaca para sentarse? ¿No puede usted ponerse de rodillas?

Sin responder una palabra hincó la rodilla izquierda, cogiendo el pie de la princesa para colocarle sobre su rodilla derecha. Pero antes de realizar esta operación había tenido buen cuidado de levantarse la falda como para hacer una especie de almohadilla, pero en realidad con objeto de enseñar una pantorrilla elegante y hermosa.

La princesa se vió otra vez obligada á reconocerse vencida, y comprendió que se entregaba á un sacrificio inútil: Léa no se hacía traición, y, por el contrario, trataba de hacer su oficio de doncella con una grande amabilidad. Y era muy posible que fuese sincera al proceder de esta manera, porque, si la princesa experimentaba algún placer viéndola á sus pies, ella, por su parte, sentía también una gran satisfacción en hacerla sentir la influencia de su mirada y de su contacto. Las cortesanas del género á que pertenecía Léa suelen tener, por razón de su oficio, frecuente roce con grandes personajes y hasta con príncipes de la sangre y aun de la media sangre. Pero es muy raro que ni aun por casualidad puedan tocar á verdaderas princesas. Así se explica por qué esta clase de mujeres sienten una verdadera curiosidad por la mujer honrada ó por la gran señora: éstas son para aquéllas el fruto

prohibido que les está vedado saborear, y por lo mismo, cuando se les presenta una ocasión, lo contemplan y lo gustan con mayor fruición y delicia.

La princesa no podía darse cuenta de las emociones de Léa, y no se sentía bien cerca de aquella mujer que la tocaba con unas manos blancas y finas y la miraba de una manera intensa, sonriéndola con amabilidad y dejando ver una dentadura blanca que resaltaba más por lo rojo de sus labios. La princesa se estremecía pensando que su marido la había estrechado el día antes, y pensaba estrechar aquel día, aquel cuerpo contra el suyo y pegado sus labios en aquella boca. En lugar de recibir una satisfacción viendo á sus pies á aquella mujer, recibía en esto mismo un martirio cruel.

—No me hace usted falta; ¡váyase usted!—dijo de repente.

Léa no contestó una palabra y se salió sonriendo, pensando en la cita que tenía con el barón y en el papel de la renta que se había ganado muy bien por lo muy sumisa que había estado.

—¡Ahora nos toca á nosotras!—dijo la princesa dirigiéndose á Blanca Burtín, que permanecía de pie junto á una ventana desde la cual había visto, oído y comprendido todo.

LXVI

Envuelta en una bata y sentada enfrente de Blanca Burtin, la princesa dijo en voz breve, después de reflexionar un momento:

—La persona que acaba de salir de aquí no es una doncella de labor, ó por lo menos no tiene la costumbre de practicar ese oficio... ésa es una mujer cualquiera que se ha introducido en mi casa engañándola á usted, ó de acuerdo con usted.

—¡Cómo! La señora princesa supone...—exclamó Blanca.

—Lo supongo todo... no he creído nunca en las protestas de usted ni en sus palabras... Os he retenido á mi lado porque sabe usted su oficio y porque no me habría inspirado más confianza la persona que la hubiera reemplazado... además, el que usted me haga ó no traición me importa muy poco, porque lo que me interesa saber es si mi marido me engaña, como usted asegura, con una mujer que ha encontrado por casualidad en esta casa, ó si se trata de una querida que él mismo ha introducido en el hotel... Proporeíoneme usted el medio de saber á qué atenerme y pagaré espléndidamente este servicio.

—Desde el momento en que la señora princesa lo toma en este sentido y duda de mí...

—Sería usted un imbécil echándoselas ahora de desinteresada... ése es mi parecer y lo digo... Usted cree, según me ha dicho, que el barón y esa mujer se verán á las cuatro en el gabinete del piso bajo, ¿No es cierto?

—Sí, señora princesa, así lo creo.

—Pues bien, cuente usted con quinientos luises si los veo y si los oigo... arréglese usted como pueda; eso no es de mi cuenta... Ya hemos hablado bastante de este asunto... Sígame usted al tocador.

Durante todo el tiempo que la estuvieron peinando y vistiendo no dijo siquiera una palabra á Blanca Burtin: estaba soñando.

Su marido, por quien ella había hecho tanto y á quien había dado todo, no le quería ya: ella, que le había entregado su alma, su cuerpo, su fortuna. Él le había dicho: «Tengo necesidad de tus millones,» y ella se había apresurado á contestarle, sin reflexionar ni calcular: «Tómalo: todo es tuyo.» La semana anterior le había pedido más, y por primera vez había titubeado, no porque temiera empobrecerse, sino porque quería obligarle á confesar en qué iba á emplear aquel dinero y hacer que la confiara su secreto... Ella sufría viendo que no merecía su completa confianza y que él no había hablado, concretándose á decir: «Es grave, es grave.» La princesa estaba ya á punto de ceder, sin exigir ninguna confidencia, y pensaba entre sí: «Si se aleja de mí, si se muestra frío y permanece en sus habitaciones sin venir á la mía, es porque está

atormentado, inquieto y en continuo desasosiego... Quizá tiene razón en lo que hace.»

¡Y no era así! Mientras que ella le creía triste y abatido, él hacía tiernas caricias á otra mujer debajo del techo conyugal. Si le privaba á ella de sus besos, era para dárselos más ardientes á una querida. Pero ¿gamaba á aquella mujer? Era muy posible. De todos modos era innegable que la deseaba, y esto era ya una injuria y una traición indigna. ¿Por qué entonces le había dicho tantas veces que ella era una mujer superior á las demás, y que era más adorable, más seductora y más digna de desearse? Ella había concluído por creerle, y aprendía lo contrario de una manera brutal, como brutalmente también, y como consecuencia de aquella traición, había visto desaparecer sus encantos y que iba envejeciendo.

Sin embargo, le había amado tanto, le amaba tanto todavía, que algunas veces pensaba en perdonar. ¡Ahí sí él la hacía sufrir, si aquel mismo día la engañaba, era de ella sólo y sólo de ella. Parecía á la princesa que todavía le escuchaba cerca de su oído murmurar mil protestas y mil juramentos y que seguía siempre apasionado y ardiente. Sus besos la quemaban aún, y el recuerdo del pasado aquél, de que no podía dudar, la consolaba por un instante calmando su irritación y su cólera.

Cuando se vistió y arregló, era ya la hora del almuerzo. El barón la esperaba en el comedor. La salió al encuentro, se informó de si había pasado bien la noche y la besó graciosamente la mano.

—¿Vais á salir, querida mía?—la preguntó al terminar el almuerzo.

—Sí, á las tres... Voy á dar una vuelta por el Bosque... Volveré á las seis... ¿Y vos?

—Yo me quedo en casa.

La princesa Sofía salió ostensiblemente á la hora indicada, se apeó delante de un comercio de la calle de la Paix, despidió el carruaje bajo pretexto de que volvería á pie, tomó un coche de punto, se cubrió el rostro con un espeso velo y regresó al parque Monceau. Blanca Burtin, que la esperaba y había alejado á los criados bajo diferentes pretextos, abrió una puerta particular, se apresuró á guiarla á través de pasillos reservados á las gentes de servicio y la hizo entrar en el gabinetito de que había hablado á sir Gardiner.

Sola en aquella pieza, la princesa, inmóvil, reteniendo su aliento, reconoció que podía ver y oír todo lo que pasase, todo cuanto se dijese en el despacho de su marido.

El barón, sentado á su mesa, leía, interrumpiendo su lectura de cuándo en cuándo para consultar su reloj. Dieron las cuatro. Se levantó, fué á cerrar la puerta del despacho, se acercó á la que daba al salón vecino, la abrió é hizo una señal.

En el momento apareció Léa.

LXVII

Se adelantó sonriente, ligera, sin el menor embarazo, lanzando á su alrededor curiosas miradas, más encantadora con su sencillo traje que nunca lo había sido en los días de su mayor elegancia.

Él, de pié, la mano apoyada en el respaldo de la silla, la seguía con la vista y parecía fascinado.

Cuando Léa paseó su mirada por los muebles y por los cuadros como si estuviera visitando un museo, se paró enfrente del barón, envolviéndole en una mirada cariñosa, haciendo un movimiento de cabeza como para llamarle.

Pero él permaneció quieto, repitiendo el mismo movimiento, que quería decir: «¡Ven, te espero... ven! ¡acércate tú!»

Léa se olvidó de su condición de doncella de labor para acordarse únicamente de que era mujer, y sin moverse de su sitio se puso á mirarle de una manera más cariñosa y más dulce. Entonces, vencido, fascinado, atraído, recorrió el camino que los separaba.

Ya se habían reunido, permaneciendo de pie y formando un solo grupo, situado precisamente enfrente

de la puerta del cuarto en que los espiaba la princesa llena de mortal ansiedad.

Sus manos se estrechaban, se confundían sus miradas y se tocaban sus rodillas y sus pechos, pero ninguno acercaba sus labios. Él esperaba su beso y ella esperaba el suyo. Pero ni él ni ella querían dar el primer paso. Hábiles ambos en la batalla de amor, se hacían desear mutuamente, retrasando el placer para saborearle más.

También esta vez cedió el barón. Se acercó á ella muy despacio, rozándola con su bigote, y se retiró después para acercarse bruscamente, y puso sus labios sobre los de Léa.

La princesa Sofia quiso lanzarse al gabinete, precipitarse sobre aquella mujer, arrojarla á tierra, pisotearla y decirle: «¡Eres una miserable!»

Pero no podía, no tenía fuerzas; se encontraba anonadada, y de su seca garganta no podía salir sonido alguno...

¡Ah, qué suplicio! Si su marido hubiera cogido en sus brazos á aquella mujer en el momento en que había entrado, habría sufrido mucho menos. Pero aquellas coqueterías, aquellos preliminares y aquellos refinamientos de voluptuosidad que había presenciado la martirizaban de una manera cruel y hacían á su marido mucho más culpable.

¡Qué manera tenía de mirarla! ¡qué largos eran sus besos! En aquel momento se acordaba de sus miradas y de sus besos de otro tiempo, viendo que eran los mismos y que él no hallaba ninguna diferencia entre ella y aquella mujer.

En aquel momento estaban separados sus labios, y él la hablaba al oído y la besaba en el cuello y en la garganta, mientras que ella estaba caída en sus brazos, con los ojos medio cerrados y la boca entreabierta.

La princesa no había oído, pero había adivinado las ardientes palabras que él decía en semejantes momentos.

El barón de Merieux arrastró á Léa al fondo del gabinete, hablándola siempre al oído.

Ella no se resistía, sino que, por el contrario, le estrechaba más aún y le sonreía con más amor.

¿Se había olvidado de que la estaban viendo y espiando, y que era muy fácil que de un momento á otro se arrojase sobre ella? No; era que su placer aumentaba con el peligro que corría y con el suplicio que estaba proporcionando á la princesa, que le servía de venganza á las humillaciones que ésta le había hecho sufrir aquella misma mañana.

Ella también, por otra parte, tenía curiosidad por saber en qué pararía todo y por saber si se consumaría el crimen ó vendría á impedirlo alguna circunstancia imprevista y repentina.

De pronto, el barón prestó el oído, creyendo oír ruido.

En efecto, andaba gente en la antecámara.

Al mismo tiempo llamaron á la puerta.

Merieux no contestó. Se quedó en el mismo puesto estrechando la mano de Léa.

—¡Van á abrir!—dijo ésta.

—Tranquilízate; está echado el cerrojo.

Llamaron de nuevo.

Esta persistencia le alarmó. ¿Sería su mujer, que, vuelta antes de tiempo, quería hablarle?

Entonces se inclinó á Léa.

—Vuélvete á la pieza en que estabas antes, que yo iré luego.

Ella obedeció; corrió á la puerta por la que había entrado, y la cerró sin ruido tras ella.

El barón fué á la otra puerta, descorrió el cerrojo y la abrió.

—¿Por qué no habéis entrado?—preguntó al criado que había llamado.

—El señor barón no contestaba.

—Al contrario, os dije que entrarais. ¿Qué queréis? ¿No os dije que quería estar solo?

—Es verdad, señor; pero tanto han insistido y con tanta autoridad...

—¿Y quién ha insistido de ese modo?

—El príncipe Orsiloff.

El barón se estremeció.

—¡Decid que pase!

LXVIII

Después de haber dado esta orden, Merieux se dirigió á la puerta del salón inmediato á fin de asegurarse de que estaba bien cerrada y que las cortinas la cubrían enteramente. Previendo una entrevista borrascosa con el príncipe Orsiloff, tomaba precauciones contra la curiosidad de Léa, sin tener la idea de tomárselas contra su mujer, á quien la casualidad iba á revelar sus secretos.

El príncipe Orsiloff saludó ligeramenta al barón, y le dijo con la sequedad que le era habitual:

—Siento mucho, caballero, haber violado la consigna dada de no recibir á nadie; pero tengo que hablaros hoy precisamente. Vos debíais saberlo, y permitid que me extrañe de que no hayáis hecho excepción para mí.

—Sin embargo, es muy natural—respondió Merieux, menos tranquilo que otras veces en presencia del príncipe.—Si viniérais á hacerme una visita ordinaria, de pura cortesía, mi puerta os estaría franca; pero creo que vos os presentáis en mi casa como acreedor, y por prudencia me encierro.

—¿Cómo por prudencia?

—Porque temo vuestros reproches.

—¿No os halláis en estado de pagar vuestra deuda?

—No.

—El plazo ha transcurrido.

—Es verdad.

—¿No tenéis los quince millones?

—No los tengo.

—¿Os los ha negado vuestra mujer?

—Absolutamente.

—No se los habréis pedido de una manera positiva.

—Al contrario; pero esta vez ha opuesto una negativa formal.

—¿Y os habéis callado? ¿No continuáis viviendo en los mejores términos con aquella que os expone á graves fastidios?

—No. Nuestras relaciones se han enfriado.

—¿Por qué no empleáis el sistema que habéis empleado siempre?

—Porque no puedo.

—¿Que no podéis?

—No; porque ya no la tengo, como en otro tiempo, bajo mi dependencia, y no puedo obtener de ella lo que quiero... Antes fué mi esclava y así la conduje al matrimonio, y más tarde la obligué á que me entregase los millones que reclamabais...

—¿Y ahora?

—Ahora, no me siento capaz de dominarla por los mismos medios. Su espíritu, antes tan ardiente, se ha calmado. Ahora juzga, reflexiona y me rechaza cuando mis peticiones le parecen exageradas y locas.

—¿Por qué renunciáis tan pronto el papel que habéis aceptado?

—¿Por qué?—exclamó Merieux,—¿por qué? ¡Porque ese papel me es odioso!... Ella me agradó durante algún tiempo... Después la he encontrado vieja y fea... ¡sí, feal!... No puedo sufrirla... No puedo seguir representando esta comedia... ¡Renunció á ello, suceda lo que quiera!

—¿De veras?—dijo el príncipe Orsiloff.—Pues yo no renunció á los quince millones.

LXIX

Se había acercado más al barón y le miraba fijamente á la cara.

—Es la verdad, caballero—continuó;—creo que no habéis comprendido el alcance, la gravedad del compromiso tomado con un hombre como yo... Nada me importan los medios que empleéis, pero espero que me paguéis lo que me debéis.

—Ya os he pagado hace largo tiempo... Ya os he dado diez millones... Hallo que es bastante... Después de todo, ¿qué es lo que habéis hecho?... Habéis venido á decirme: «Existe en París una mujer colosalmente rica. Sed su amante y seréis su marido cuando en-

viude...» Era un simple consejo, y lo he pagado más de lo que valía.

—Es posible; pero he hecho más que daros un consejo.

—¿Qué habéis hecho?

—Os he ayudado á que os casarais...

—Prestándome quinientos mil francos, que ya os he pagado.

—No hablo de eso. Hablo de la muerte del príncipe.

—En eso nos ha servido la casualidad.

—¿Creéis vos en la casualidad, en la casualidad que viene en tiempo oportuno á cumplir la obra proyectada? Jamás habéis creído en ella... ¡Habéis fingido creer en ella y nada más!

—Entonces, si no ha sido la casualidad...

—He sido yo.

—¡Vos!

—¡Sí, yo! ¡Yo he asesinado al príncipe Lavisine, para que os casaseis con su viuda y fueseis rico!

—¡Oh!—exclamó Merieux retrocediendo.

El príncipe Orsiloff se acercó y, poniéndole una mano en el hombro, le dijo:

—No os hagáis el sorprendido... Entre ambos hay un crimen... Os habéis aprovechado de él, y yo quiero aprovecharme á mi vez. No sois sólo mi deudor, sois mi cómplice, y vengo á reclamar mi parte del producto del crimen.

—¡Es falso! ¡Es falso! ¡Yo no soy vuestro cómplice!

—Entonces, ¿por qué me habéis dado ya diez mi-

liones? ¿Por mi consejo de amigo? ¿A quién se lo haréis creer? ¿A los jueces?

—¿Temía vuestras amenazas!

—¿Mis amenazas!... Sí; porque sabíais que yo había matado al otro, temíais morir como él, en este mismo sitio, en este gabinete, ante esa mesa... Pues bien, la situación no ha cambiado. Estáis siempre bajo el peso de las mismas amenazas.

De sus órbitas profundas, los ojos del príncipe brillaban como dos carbunclos, pero decía aquellas cosas terribles con voz tranquila y una admirable sangre fría. Al oírle, al verle, se conocía que sus amenazas no serían vanas.

Al cabo de un instante de silencio, el barón alzó la cabeza y dijo:

—Admito que llegue á vencer todas mis repugnancias, á dominar otra vez á mi mujer, á conseguir de ella y á daros esos millones... ¡Y bien! ¿qué me prueba que después no me pediréis los otros, no exigiréis los últimos restos de una fortuna que me ha costado tan cara?

—Mi palabra, caballero... Yo me he contentado con la vuestra cuando me habéis dicho: «Partiremos... os daré la mitad de esa fortuna.» La palabra de un príncipe Orsiloff vale tanto como la de un barón de Merieux... ¡Yo hiero, ejecuto, mato, pero no miento!

Calló por unos momentos, y luégo añadió:

—Por otra parte, pagada vuestra deuda, nada tenéis que temer, porque me entregaré á la justicia.

—¿Vos?...

—Sí, yo... Iré á denunciarme como el verdadero, el único asesino del príncipe Lavisine.

—¿Haréis eso? ¡Lo haréis! ¿Por qué?

—¿Por qué? ¡Y me lo preguntáis!... Es verdad: vos jamás habéis pensado en aquel que ha sido condenado en mi lugar y en el vuestro... ¡Siempre he pensado, en cuanto pudiera, devolverle su libertad, su honor!... Conseguido mi objeto, cumplida mi obra, nada me importa la vida, y, ya inútil para los demás, me presentaré diciendo: «¡Yo soy el culpable!»

—¿Qué clase de hombre sois, pues, caballero?

—Preguntadme más bien qué idea persigo, qué idea represento, y si podéis comprenderme os responderé, porque yo no temo que me denunciéis. Sabéis muy bien que, si estoy pronto á castigar á un deudor intratable, más dispuesto estoy á castigar á un denunciador, á un traidor... Concluyamos: por última vez os pregunto: ¿Cumpliréis vuestro compromiso? ¿Pagaréis vuestra deuda?

—Sí—murmuró Merieux.

Orsiloff saludó y se retiró.

El barón se paseó durante algún tiempo, agitado, calenturiento; mas, acordándose luégo de que Léa le estaría esperando en la pieza vecina, corrió en su busca.

Entonces la princesa Sofia de Lavisine salió de su escondite, desde donde lo había oído todo y todo lo había visto.

Subió á su cuarto y escribió dos cartas.

Una estaba dirigida al príncipe Orsiloff.

La segunda al procurador de la República.

LXX

Después de la visita al barón de Merieux, el príncipe Orsiloff se dirigió á su casa.

A pesar de la fortuna considerable que le atribuían sus compatriotas, ocupaba en el faubourg Saint-Honoré una modesta habitación en un tercer piso, sencillamente amueblada.

En la alcoba un catre de hierro, cama de soldado, y algunas armas colgadas en la pared. En el salón, transformado en despacho, se veía una mesa, algunas sillas y una biblioteca de obras de los autores más notables defensores del nihilismo.

Apénas entró el príncipe en este gabinete, tomó del andén principal de la biblioteca un tomo de *Tierra y Libertad*, periódico clandestino que se publicaba en Rusia.

Lo puso sobre la mesa, volvió algunas hojas, y encontrando sin duda lo que buscaba, apoyando la cabeza en sus manos, quedó sumido en una profunda lectura. Ésta fué interrumpida por la llegada de uno de sus compatriotas, que para todo el mundo desempeñaba á su lado las funciones de secretario, pero que más bien era un amigo, un íntimo confidente, un otro él. Ten-

dría como unos treinta años, y, á pesar de su barba rubia y sus ojos azules, parecía dotado de gran energía y resolución.

—¿Qué queréis, Iván?—preguntó el príncipe.

—Padre (término de respeto muy usado en Rusia), acaban de traer esta carta para tí. En el sobre dice: «Importante y urgente.»

—Dame—dijo Orsiloff, tendiendo la mano.

Rompió el sobre y leyó en alta voz, sin duda para indicar á Iván que no tenía secretos para él:

«Una persona, que os profesa gran estima, cree deber advertiros que el barón de Merieux ha presentado hoy una queja criminal contra vos. Os denuncia como asesino del príncipe Lavisine. Tomad vuestras precauciones.»

El príncipe volvió á leer aquellas líneas, reflexionó algunos momentos, y dijo á Iván con voz muy calmada:

—¿Quién ha escrito esta carta?... ¿De dónde viene? Lo ignoro; pero lo que contiene debe ser verdad.

—¿Crees que se haya atrevido?—dijo Iván.

—Sí. El miedo le habrá dado ese valor. Se habrá dicho, después de mi partida: «No podré pagar mi deuda, y, para ponerme al abrigo de sus amenazas, no tengo otro medio que denunciarle... Entré las manos de la justicia no podrá hacerme daño.» ¡Cálculo falsísimo!... Prisionero, mando, y los demás me obedecen.

—Yo, por ejemplo—dijo Iván, tan tranquilo como el príncipe.—¿Me ordenas que le hiera?

—Sí—respondió Orsiloff, después de algunos momentos de reflexión.—Desde el día en que ese hombre firmó el pacto que le propuse, comprometiéndose á

entregarme los millones que son necesarios para el triunfo de nuestra causa, de nuestras ideas, se ha hecho nuestro cómplice, nuestro agente, nuestro aliado... Nos ha hecho traición: sus revelaciones pueden perjudicarnos, y debe desaparecer.

Y levantándose, añadió con imponente acento:

—En nombre del Comité Ejecutivo, que me ha delegado todos sus poderes, y cuyo representante soy, pronuncio la sentencia de muerte del barón Carlos de Merieux y ordeno que sea *ajusticiado*.

—Serás obedecido... Yo me encargo de su *castigo*.

—Ejecutarás la sentencia en cuanto me prendan, y partirás á Rusia á unirme con nuestros hermanos... Les dirás que todo lo he dado á nuestra causa: mi tiempo, mi trabajo, mi fortuna, y que hoy la doy mi vida.

—¿Por qué no partes conmigo?... ¡Es tiempo aún!

—No, no quiero partir... Es preciso que mi causa se instruya, que yo eleve la voz para hacer conocer á todos el nombre del partido á que pertenezco, sobre qué principios reposa, en virtud de qué idea, de qué derecho hiere á sus enemigos... Así afirmaré su existencia, su fuerza, y le habré servido hasta mi última hora.

.....
 Aquella misma noche, el procurador de la República en persona y un juez de instrucción se presentaron en casa del príncipe Orsiloff para interrogarle.

Sus respuestas, sus declaraciones fueron tan precisas, tan terminantes, que en el acto se decretó auto de prisión y fué conducido á la Prefectura.

LXXI

Sir Gardiner tuvo un verdadero sentimiento cuando Blanca Burtin vino á decirle que la princesa Lavisine había presenciado, sin interrumpirla, la escena de amor que había tenido lugar á su vista, sin que lanzara la más pequeña protesta al llegar el desenlace brutal que había tenido.

En efecto, sir Gardiner no podía dudar de que á los ojos de la princesa desaparecía aquella última traición ante las traiciones anteriores. ¿No había sabido, por confesión de su marido al príncipe Orsiloff, que no solamente no la amaba, sino que no la había amado nunca, y que la era desagradable desde el primer día; que no buscaba nada más que su fortuna y que siempre la habían mentido de una manera odiosa? En algunas ocasiones desaparece la felicidad de una mujer en un momento, y sufre por ello horriblemente. Pero, pasado el primer momento, pasa el dolor agudo y recuerda los placeres y las alegrías que fueron, diciendo: «¡Cómo me amaba entonces el ingrato! ¡Qué bueno era todo aquello y qué hermoso!» Pero la princesa no podía decir nada de esto, y solamente podía conservar el recuerdo de sus mentiras, de sus perfidi-

días é iniquidades, que habían llegado hasta el crimen.

Aquella mujer, ofendida cruelmente en su orgullo, en su corazón, cuyo cuerpo había sido profanado y prostituído; aquella mujer que, aunque parisién por su educación, era por su sangre medio salvaje todavía y estaba apasionada y sumisa al hombre que la adulaba con un gesto ó una palabra, estaba dispuesta á lamer la mano que la acariciara y á morder la que quisiera herirla.

Así es que no vaciló un momento, y pensó en vengarse de una manera terrible.

Y no tenía ni aun necesidad de buscar su venganza, porque el príncipe Orsiloff se la proporcionaría tomándola en su lugar. Este último había dicho al barón: «Si me hace usted traición, le mato;» de modo que de lo que únicamente se trataba era de hacerle creer que lo había vendido. Por esto fué por lo que la princesa escribió dos cartas, dirigiendo la primera al procurador de la República denunciando á Orsiloff como asesino, y la segunda al príncipe diciéndole: «Te han denunciado.»

Si sir Gardiner hubiera sabido todo esto, es consiguiente que habría recibido una gran alegría en lugar de recibir un sentimiento. ¿Qué deseaba él? ¿Hacer que la princesa supiese que la engañaban? No solamente lo había visto, sino que quedó convencida de que lo había sido siempre. ¿Obtener alguna revelación acerca del crimen que se había cometido en otro tiempo é informar á la justicia? La princesa se había encargado de hacerlo y, gracias á la intriga imaginada

por él, se había obtenido un resultado magnífico é inmediato.

Esto es lo único que nos queda por referir, y lo diremos lo más brevemente que nos sea posible, desapareciendo el análisis y dejando que la acción se desarrolle de una manera rápida.

Carlos de Merieux, después de su entrevista con el príncipe, se quedó solo en su gabinete. Necesitaba reflexionar, ver claro en su juego, muy embrollado en aquellos momentos; imaginar algún golpe maestro que le hiciese ganar la partida.

A la hora acostumbrada le avisaron de que la comida estaba pronta. Contestó que estaba algo malo y que no quería comer.

A cosa de las nueve, en el momento en que el príncipe Orsiloff era arrestado, salió á dar un paseo, con el objeto de respirar el aire libre.

Salió, sí, pero no volvió á entrar.

A altas horas de la noche llevaron su cadáver al hotel.

El segundo marido de la princesa Sofía Lavisine había muerto, como el primero, de muerte violenta, de una puñalada en el corazón.

Al día siguiente, sir Gardiner supo á la vez el arresto del príncipe Orsiloff y la muerte del barón de Merieux.

Como hombre práctico, no perdió su tiempo en averiguar cómo se habían producido estos acontecimientos, á qué causa atribuirlos, y quién los había provocado. Solamente se valió de sus relaciones para

informarse minuciosamente de los misterios de la instrucción y apresurar la marcha del procedimiento.

Pronto supo que el príncipe Orsiloff se había apresurado á establecer su culpabilidad. Como sus solas confesiones no eran suficientes para la justicia, presentó pruebas materiales, indiscutibles.

En fin, logró demostrar de una manera positiva, cierta, terminante, la inocencia de Bérard.

En cuanto al móvil del crimen, lo explicó perfectamente: había *ajusticiado* al príncipe ruso Lavisine, porque éste se había mostrado enemigo encarnizado, perseguidor constante de su partido.

Había querido al mismo tiempo que la gran fortuna del príncipe pudiese ayudar á la prosperidad de aquel partido, propagar sus ideas, aumentar sus medios de acción, aliviar sus miserias.

Explicó claramente la combinación que había imaginado y por la que entrarían en el tesoro del partido los veinticinco millones.

En cuanto á la muerte del barón de Merieux, dijo haberla ordenado para castigar su traición.

La causa siguió sus trámites. En el juicio público escucharon al reo, le dejaron hablar. Pero la conciencia de los jurados, del tribunal y del auditorio habló más alto que él: el asesinato, sea cual fuere el motivo que impulsara á cometerlo, no podrá nunca justificarse.

El príncipe Orsiloff fué condenado á muerte.

LXXII

Entonces se elevó una voz, la de la prensa. Ésta pedía la revisión de la primera causa, apoyándose en el art. 443 del Código de Instrucción criminal, concedido en estos términos.

«La revisión podrá solicitarse en materia criminal ó correccional cuando, después de una condena por crimen ó delito, una nueva sentencia ó juicio haya condenado por el mismo hecho á otro acusado, pues, no pudiéndose conciliar las dos condenas, su contradicción será la prueba de la inocencia del uno ó del otro acusado.»

Por su parte, los periódicos americanos de sir Gardiner, traducidos en los periódicos franceses, se apresuraron á hacer constar que en los Estados-Unidos jamás se había creído en la culpabilidad de Bérard.

Ultimamente, por encargo particular de sir Gardiner publicaron la noticia de que Bérard, á quien se creía muerto, había huído de la isla de Nou y vivía en New-York con su hija, disponiéndose á volver á Francia para ser juzgado de nuevo.

El ministro de Justicia, cumpliendo con la ley, encargó al procurador general del Tribunal de Casación